

ESTETICA DE LOS PRIMITIVOS NICARAGUENSES

RUBEN DARIO

Los antiguos americanos, como todos los pueblos primitivos, sentían de cerca el aliento de la naturaleza. Su espíritu tenía, desde el primer despertamiento, la visión de la selva y de la montaña. Las manifestaciones portentosas de las fuerzas naturales hicieron germinar en ellos la comprensión de lo extrahumano, y de aquí el nacimiento de sus selváticas y raras idolatrías. Lo sobrenatural les atrae. Las divinidades comunican con ellos en los bosques, en los ríos, en la luz de las estrellas. Iluminados por una civilización oriental, o levantados por una civilización propia, sus bastos intelectos tienden a su desarrollo progresivo. Son supersticiosos y visionarios. Un Numa bárbaro y tatuado consultará a una Egeria terrible; la tribu aguardará la palabra de dirección o de consejo de la boca de los ancianos. Las canas, el tesoro de la experiencia, será tenido por ellos como valioso. Los dioses invisibles se acercarán a las viejas pitonisas y a los patriarcas de las florestas, a revelar la suerte de los pueblos y a predecir el triunfo o la rota de las mazas y de las flechas. Poseían los indios lenguas armoniosas y rítmicas, lenguas misteriosas y onomatopéyicas. No desconocían el divino valor de la Poesía. Gustaban del símbolo y del verso. Entre los mexicanos un príncipe rima odas y plegarias; entre las tribus ecuatorianas una de ellas posee dos dialectos: uno suave y tranquilo, que emplea en el tiempo de la paz; otro áspero y vibrante, que usa para la guerra. Los siervos del inca sinfonizan sus penas en las músicas enternecedoras del yaraví; y en la América Central, el poeta cíclico del Popol-Vuh levanta el alma de su raza. Existe la familia, se alza la ciudad. Se perpetuará la idea con escrituras y relieves jeroglíficos; se alzarán el monumental palacio o el templo recamado de simbólica florescencia pétreas; surgirá, en fin, como un sol, el arte. Amaráse lo brillante, lo pomposo, el color, la línea, el brillo, el matiz. El oro se empleará desde los zarcillos de la india hasta en el trono del señor magnífico Moctezuma. En el tiempo en que Fidias, con el oro de Grecia, teje el traje de Minerva, el oro de América encarna la faz de los ídolos y los simulacros de las águilas sagradas, se enrolla en toscos brazaletes en los brazos de las hembras de los caciques, y circunda la cabeza de los guerreros.

La pluma, ligera, aérea, sutil vestimenta, maravillosa gala de los pájaros del aire, es elegida para la pompa ornamental. Se tejen con ella mantos regios, cubre los flancos de bronce de las princesas, tiembla en las diademas triunfales. Las plumas negras de los zanates se mezclan con las plumas blancas de las garzas. Las aves de las islas son proveedoras del bizarro lujo. El papagayo ofrece su policromía furiosa, de fortísimos e incomparables colores. Las alas de púrpura caen sobre el verde más delicado que se puede imaginar; una pluma de añil alterna con las del carmín más encendido; oros, azules, verdes, armonizan al resplandor de los americanos cielos; y cuando aparece el quetzal, libre pájaro montañés, vanidoso que muere si su cola se estropea, bañado de los más lindos iris metálicos, eclipsa por su fino brillo, por su luminosa aristocracia ornitológica, a los más orgullosos pavos reales y pintadas aves del Paraíso. Los aborígenes poseían el quetzal y el águila, y la innumerable pedrería alada que puebla los bosques asombrosos de América. Las coronas de plumas tenían cierta augusta y flotante ligereza. ¿Acaso la testa coronada de una princesa mexicana, cerca del trono áureo del emperador azteca, presentaría menor gracia hierática que la de Salomé la hebrea o Theodora la bizantina?

Los hombres de la guerra hacían brillar los crueles ojos negros bajo los cascos de piel formados de la cabeza de los pumas y jaguares. El homérico penacho de crin que asusta al tierno hijo del héroe helénico, es, sobre la cabellera enmarañada del guerrero americano, el corvo pico de una águila, o las fauces de una fiera del monte. El pesado vaso del épico personaje de la Ilíada, tiene su par en el vaso de dos azumbres, de trescientos castellanos de oro, en que bebía el quimbaya opulento amigo de Robles el conquistador. El inca gárrulo ama las sortijas y los palanquines, y en su teogonía secular, como el persa, adora al sol. Los poetas indígenas del continente expresan frases simbólicas y hablan palabras profundas o pintorescas. El Popol-Vuh llama al gran Dios "Corazón del Cielo". El charrua nombra a la muerte "el sueño frío". Las almas salvajes encontraban un algo de lo divino en la pura mirada de los astros. Junto a los poetas aparecían los magos. Los impalpables espí-

ritus conversaban con las desnudas brujas. Brotaba de la inmensa y fecunda matriz natural un rico y extraño simbolismo, y el artista autóctono, al influjo del sol y de la tierra, labraba los esbozos de las creaciones imaginativas, las máscaras de las rudas divinidades. El primitivo arte de América se da la mano con el japonés por el dragón y el sapo, por las quiméricas bocas dentadas y los gestos monstruosos; con el egipcio, por sus momias y sepulcros; con el asirio, por las grandes, fantásticas bestias formadas en la piedra bruta; con el griego y el etrusco, por sus ánforas esbeltas, sus ligeros vasos, las curvas y redondeces de su cerámica; con el galo, por sus hachas de cobre; con el indio oriental, por las múltiples y aglomeradas florescencias de piedra de sus torres y monumentos.

La serpiente toca el pristino sentido estético con su escamosa, brillante y coloreada armadura y su irresistible influencia de animal mágico. Es la eterna figura de la eterna Poesía fatal. En el Génesis encarna al demonio y es maldecida por el Eterno Padre, símbolo del infinito Bien. En el ciclo poético de Grecia se acerca a la cuna de Herakles y es despedazada por el robusto dios, esto es, por la poderosa Fuerza. En el misticismo cristiano destroza su cabeza la reina María, la divina Virgen, esto es, el Ideal. En la tradición americana, sobre el cactus espinoso, a los ojos de una vigorosa casta, es destrozada por el águila, o sea por la Libertad. El cocodrilo es también alimaña ornamental, con su ferocidad callada, sus dientes agudos y las férreas conchas de su caparazón; tiene de la serpiente, de la tortuga y de la roca, dulces ojos húmedos y llanto. Asimismo la iguana, tan semejante en su forma a la fiera de las aguas, figura en las asas de los jarrones o en las cubiertas o tapas de los cacharros.

La zoolatría primero y la astrolatría después, constituyen la religión. Hay para los dioses cánticos y sacrificios. Las artes están representadas por personajes sagrados como entre los griegos. Entre los americanos, la poesía se encarna en Ahkinxoc; Xochitl es la musa del canto y Pizlímtec la de la música. La marimba manifiesta el sentimiento de la armonía eufónica en el indio. En ese rudo instrumento están todos los tristes ecos de la montaña, las canciones de la choza primitiva, la suavidad del campo en el buen tiempo, o el grito del amor indómito y el lamento de las más hondas amarguras. La marimba parece ser inventada por algún formidable y salvaje Pan del mundo de Occidente, errante conocedor de las tristezas, ansias, duelos y victorias de las tribus, padre de la nativa americana poesía. El tepanahuaste de la América Central —teponaxtli de los mexicanos, túnduli de las tribus del Ecuador— es el tímpano del bosque; al golpe de la mano del indígena da nacimiento a la cadencia, al compás, acompaña las danzas. El pito de barro, con dulces voces de ocarina, daba vida al cántico, y el cántaro gemebundo de los peruanos atraía los siniestros genios de la muerte y del espanto.

En tierra de Nicaragua, después del tiempo en que los hombres erraban, cazadores y pescadores, sin rumbo fijo ni civilización alguna, aparece el comienzo de una era de progreso. Es la influencia del indio del Norte, la cultura de los votánides que llega. Las tribus invasoras traen sus cultos, sus rituales, sus artes y su lengua. Antes los nicaraguas, o nicaragüenses, habían invadido las costas orientales y "habían barrido la vieja cultura de Quirigua, Copam y Palenke". A su vez la civilización llegó y levantó su templo en el país de los mangués.

La luz de un culto la llevaron los votánides, hijos de Tepanaguaste, "el señor del árbol seco".

El chorotegato o mangué recibió la influencia meca y nahoa. Los nahoes introducen sus costumbres, sus ritos, su poesía, sus jeroglíficos, sus músicas, sus danzas, el libro de pergamino y la urna cineraria.

Bovallius, el sabio sueco, en una reducción que presenta en la Exposición Histórico-Americana, ha reconstruido un templo nicaragua, en vista de los restos que de las antiguas construcciones Squier y él encontraron en las islas del gran lago de Nicaragua. Es el templo elíptico, y su techo está sostenido por misteriosas cariátides sedentes. Ellas son la representación de sobrenaturales seres, esculpida toscamente en oscuros monolitos basálticos, por la mano del fetichista. Los grandes ídolos tienen el aire de los orientales dioses de piedra; en uno hallaréis como una vaga reminiscencia del sonoro Memnón; en otro algo de lo asirio o de lo fenicio; en todos el hieratismo de las culturas rituales de los nahuas.

Los viejos indios, como sus descendientes de hoy, amaban los pájaros, las resinas y plantas bien olientes que perfumaban sus incensarios, las flores de aquellas pródigas y lujosas campiñas. Tenían la noción de la gracia. Y en cuanto a la fuerza, son de notar sus especiales gimnásticas, como aquellas de que habla el transparente Oviedo, con que celebraban los idólatras las fiestas de su Ceres salvaje, el dios del cacao; o las maneras con que domaban las más feroces alimañas de sus montes y selvas, o las bregas cuerpo a cuerpo en que descollaba algún violento y forzado tapaliui.

Tinta roja y negra era la empleada por los nicaraguas para escribir en sus libros de piel con su pintoresco modo figurativo. Los mismos colores adornan su alfarería, en símbolos, jeroglíficos y meandros. He dicho antes de la fiesta religiosa al dios del cacao. Los otros productos de la tierra tenían asimismo sus divinidades y a ellas se dedicaban, en los regocijos bulliciosos, locas saturnales, celebraciones semejantes a las clásicas y pomposas que en honor de Ceres y Dionisio celebraban los paganos en Grecia y Roma.

En la ornamentación personal empleaban los tatuajes de vivos matices, sobresaliendo el color negro del tiel, que dejaba su estigma imborrable donde el

pedernal trazaba en las carnes del indio dibujos y sajaduras. Cada cacique tenía su señal especial. Y he aquí el blasón que aparece de modo peregrino en las tierras nativas de los habitantes de Nicaragua en tiempo de la llegada de Colón.

Hay un bosquejo de teatro. En los festivales religiosos se representaban aquellos areytos o mitotes en los que "andaban un contrapás hasta sesenta personas, hombres tolos, y entrellos ciertos hechos mujeres, pintados todos e con muchos y fermosos penachos e calcas, e jubones muy bigarrados e diversas labores e colores, e yban desnudos, porque las calcas e jubones que digo eran pintados, e tan naturales, que ninguno los juzgara sino por tan bien vestidos como quantos gentiles soldados alemanes o tudescos, se pueden ataviar". Y entonces era cuando los farsantes bárbaros "llevaban máscaras de gestos de aves", danzando al son de sus resonantes fanfarrias. La máscara, como en los teatros griego y chino: el penacho de plumas, los rostros embijados, eran las notas de color del cuadro.

De los personajes de aquellos mitotes desciende el parlanchín Güegüence, que tanto llamó la atención de Brinton. El Güegüence es aquel personaje de la farsa ingenua que el indio moderno tejió con palabras españolas y frases del dialecto maternal, farsa en la cual suele verse como un vago reflejo lírico, así cuando el Güegüence dice delante del señor Gobernador: "Alcen muchachos, miren cuánta hermosura. En primer lugar cajonería de oro, cajonería de plata, güipil de pecho, güipil de pluma, medias de seda, zapatos de oro, sombrero de castor, estriberos de lazos de oro y de plata, muchirtes hermosuras, señor Gobernador Tastuanes, aseneganeme ese lucero de la mañana que relumbra del otro lado del mar..." Las máscaras imitaban caras de fieras o monstruosas fases visionarias; y aun hoy son de ese modo las que en los bailes indígenas, como los mantudos, llevan los disfrazados danzarines.

La representación de algunos animales —que en la teogonía de los nicaraguas encarnaban dioses— constituía uno de los principales motivos de decoración. Así sobre la cabeza de las cariátides del templo está la del lobo, la del buitre rey-de-zopelote, la del cocodrilo o la de la tortuga. La figura de esos animales se ve tanto en los ídolos como en la cacharrería, en las ansas de los jarros, o en los pies de los tripodes y perfumeros. El conocido chinógrafo Paleólogo, hace notar que es en el mundo animal donde desde luego encuentra el artista chino su inspiración, sea en la copia directa de las formas o en la concepción de una animalidad fantástica y aterrorizadora, la creación de seres extranaturales y gigantescos, semejantes a las visiones de los sueños. Y afirma el francés que he citado que ello es una creación original del genio de la China.

En el arte americano se encuentra esa visión macabra de una fauna estupenda e imaginaria; bestias semejantes al asiático león de Fo y a las más horribles quimeras búdhicas; el artista siente la obsesión del monstruo; la pesadilla se petrifica. Los chinos reproducían principalmente sus cuatro animales simbólicos; el dragón, el licornio, el fénix y la tortuga. El dragón, emblema del Oriente y de la primavera; el licornio, de la perfección; el fénix, de las Emperatrices; la tortuga, de la Fuerza. En la cerámica nicaragua la serpiente decora las urnas cinerarias. ¿Qué idea representa la iguana, la tortuga, el loro, los animales que adornaban los templos y los utensilios de los antiguos nicaraguenses?

La influencia azteca se advierte en los vestigios estudiados por Squier, Bovallius y otros arqueólogos y especialistas. Al eminente americanista M. Desiré Pector es deudora la arqueología americana, de importantes y curiosos estudios.

Los objetos que la República de Nicaragua exhibe en la Exposición Histórica Americana, apenas pueden dar una ligera idea de sus artes precolombinas. Ciertos pequeños ídolos harán al visitante imaginar cómo fueron los que en los templos se adoraban; la cacharrería mangue y nahua, con sus diversos motivos de ornamentación y de dibujo, hará ver a los inteligentes la diferencia de las dos razas; el relativo atraso de la una y la invasión civilizadora de la otra; en las copas, jarros y perfumeros tripodes encontrarse ligereza y gracia; en la colección del Gobierno nicaraguense notarse una cabeza de gran valor arqueológico, ídolos de cerámica; en la del laborioso e ilustradísimo señor de Arellano, variedad de alfarería, con finos adornos y pinturas; y en la colección Gavinet, terracotas estimables, ídolos, matlates labrados con arte y que tienen cabezas de bestias y motivos de la fauna americana. Podrá también hallar en los objetos expuestos, el observador, huellas y reminiscencias de cultos fálicos; imágenes de hombres y de mujeres con la figuración del sexo, y un lingam labrado en fina y pesada piedra. En las urnas funerarias encontrará la especial de los nicaraguas, en forma de zueco. Squier encontró una urna de idéntica forma en Huehuetenango, Guatemala. Y yo observo que es también igual a las urnas antedichas un cacharro arcaico japonés, de la colección del conocido japonista M. S. Bing, de París.

La antigua civilización americana atrae la imaginación de los poetas. Un Leconte de Lisle arrancararía de la cantera poética de la América vieja, poemas monolíticos, hermosos cantos bárbaros, revelaciones de una belleza desconocida.

Y el arte entonces tendría "un estremecimiento nuevo".